DEL NILO AL EBRO

Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica



Luis A. García Moreno - María Jesús Viguera Molins
(Editores)

OBRAS COLECTIVAS
HUMANIDADES 20

UAH

DEL NILO AL EBRO

I ESTUDIOS SOBRE LAS FUENTES

DE LA CONQUISTA ISLAMICA

UAH OBRAS COLECTIVAS
HUMANIDADES 20



Universidad de Alcalá
SERVICIO DE PUBLICACIONES

Editores: Luis A. García Moreno y María Jesús Viguera Molins
Coordinadora: Esther Sánchez Medina

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Universidad de Alcalá, 2009
Servicio de Publicaciones
Plaza de San Diego, s/n.
28801 Alcalá de Henares
www.uah.es

ISBN: 978-84-9138-858-9
Depósito Legal: NA. 896/2010

Realización: Ulzama Digital

Impreso en España - *Printed in Spain*

ÍNDICE

Presentación 5

I. EGIPTO:

Guerra, sociedad, economía y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputados por bizantinos, persas y árabes 602-642.
E. Motos – J. Soto (Universidad de Granada) 11

Fuentes coptas en lengua árabe.
S. Abboud (Universidad Complutense de Madrid) 53

Fuentes greco-latinas para el estudio de la minoría judía en Egipto y el Norte de África en el momento de la invasión islámica (siglos VI-VIII).
R. González Salinero (Universidad Nacional de Educación a Distancia) 73

II. ÁFRICA MENOR:

L'Africa tra Bizantini e Arabi. La prospettiva storico-letteraria.
Ch. Tommasi Moreschini (Università di Pisa) 93

Africa del Norte en vísperas de la conquista árabe: introducción a las Fuentes grecolatinas I. Las fuentes hispanas.
E. Gil Egea (Universidad de Alcalá) 117

Le dossier des sources non musulmanes sur l'exarque Grégoire et l'expédition arabe en Ifrîḳiyya en 647-648.
Y. Modéran (Université de Caen-Basse Normandie) 141

III. HESPERIA:

Fuentes no islámicas de la invasión y conquista de España por el Imperio árabe-islámico.
L. A. García Moreno (Universidad de Alcalá) 181

22 crónicas árabes sobre la expansión por Al-Andalus.
M. J. Viguera Molins (Universidad Complutense)..... 209

A Crónica do Mouro Rasis: repositório do programa almóada de reconquista.
A. Rei (Universidade de Lisboa) 229

La expansión islámica en la Península Ibérica: los datos de al-Himyarī.
Ch. Mazzoli-Guintard (Université de Nantes)..... 245

Del Nilo al Ebro. I Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica pp. 5-8

PRESENTACION

Del Nilo al Ebro **I** es el primero de una serie de volúmenes dedicados al análisis de la expansión del Imperio árabe-islámico desde Egipto a la Península Ibérica, pasando por el Magreb durante el siglo VII y las primeras décadas del VIII. A diferencia de los estudios tradicionales éste focaliza su atención en los testimonios de los vencidos, de los no islámicos, con independencia del tipo de fuente e intermedio lingüístico de la misma. En su conjunto tales estudios forman parte de un proyecto de investigación pluridisciplinar que mereció en su momento el apoyo económico e institucional de la Comunidad Autónoma de Madrid, quedando incorporado a los proyectos prioritarios de investigación en Humanidades a realizar, de manera integrada, por varios equipos de investigación radicados en la CAM y subsidiariamente de fuera de la misma, en una primera programación cuatrienal[1].

Una investigación así proyectada necesariamente exigía la participación de investigadores y grupos de investigación de áreas científicas diferentes, y muy especialmente de expertos en filologías tan distintas como la latina, copta y árabe. Pero, aunque los objetivos científicos y las líneas de investigación tienen que ser variados, todos ellos se subordinan a un objetivo de investigación central, único. Es decir, el estudio de la expansión del primer imperio islámico desde Egipto a la Península Ibérica según los testimonios originados, de una u otra forma, en la contemporaneidad de la experiencia sufrida por los derrotados; y deformados o no por la posterior tradición historiográfica árabe-islámica, o afectados por la misma de una manera muy peculiar. Pues en bastantes casos tales testimonios sólo han

---

[1] Con referencia P2007/HUM–0487: "La expansión del Imperio árabe-islámico en el Norte de África y Occidente (siglos VII-VIII) según las fuentes no-islámicas" (EXISAFESFUNI–CM, http://www2.uah.es/conquista_islamica).

llegado hasta nosotros en formas literarias muy tardías, en su inmensa mayoría en árabe, mixtificados por otros de la tradición de los conquistadores, o de los vencidos de hogaño ya arabizados e islamizados, y sometidos a la muy peculiar normativa literaria del árabe clásico.

En virtud de este objetivo principal, las divergentes líneas de investigación tienen también una finalidad de contraste y de complementariedad, siguiendo una hipótesis estructuralista que permita reconstruir el contenido de aquellas "celdillas" con escasa documentación histórica, con el de otras bien nutridas. Esta investigación proyecta su desarrollo en tres fases bien diferenciadas, aunque existe una evidente relación dialéctica entre ellas:

1) Recopilación y análisis de todos los testimonios escritos, tanto procedentes de fuentes literarias como documentales (monedas, inscripciones, papiros, etc.) contemporáneos a la expansión del Imperio árabe-islámico desde Egipto a España. Han de considerarse testimonios contemporáneos aquellos datados hasta el 750 d. C. Importancia especial se concedió al análisis del papel de los *scriptoria* (fundamentalmente monásticos) egipcios y norteafricanos (Túnez) para la traducción de textos literarios, sobre todo historiográficos o escatológicos, de origen oriental (griegos, siríacos y hebreos) al árabe y al latín y su posterior transmisión al Occidente mediterráneo.

2) Reconstrucción histórica de dos series de hechos bien diferenciados. Por un lado, el análisis de la etno-conciencia y de los sentimientos e imaginarios colectivos de las sociedades y comunidades religiosas diversas (cristianos melquitas, cristianos monofisitas, iglesias norteafricana e hispanogoda, comunidades judías) ante el avance del Imperio árabe-islámico. Por otro, toda la serie de cambios y procesos de etnogénesis producidos en las sociedades invadidas como consecuencia de esa expansión e integración en el primer Imperio islámico.

3) Contraste de los resultados obtenidos en las líneas de investigación señaladas en los anteriores apartados, 1 y 2, con los alcanzados tradicionalmente a partir de las fuentes árabe-islámicas posteriores, explicando los motivos de las divergencias entre ambos tipos de documentación y vías de investigación futuras.

Los grupos de investigación principales, radicados en instituciones de investigación ubicadas en la Comunidad Autónoma de Madrid, están formados por tres equipos pertenecientes respectivamente al Consejo

Superior de Investigaciones Científicas, a la Universidad de Alcalá y a la Universidad Complutense; ejerciendo la coordinación el segundo de ellos.

El grupos de investigación del C.S.I.C. se halla liderado por la Dra. Sofía Torallas Tovar, del Instituto de Filología. El mismo concentra su esfuerzo en el estudio de los archivos monásticos de Egipto, con especial atención a la documentación de la primera época árabe. Estos archivos, a menudo trilingües, requieren competencia en las lenguas griega, copta y árabe, además de técnicas de la disciplina papirológica.

Bajo la coordinación del Dr. García Moreno, el grupo de la Universidad de Alcalá se ocupa de tres áreas del proyecto: 1) la situación en la Península Ibérica inmediatamente antes de la conquista islámica y el desarrollo de esta última; 2) la situación en África Menor inmediatamente antes de la conquista islámica y el desarrollo de ésta; y 3) el programa de difusión cultural de los problemas asociados a la primera expansión islámica y su posible comparación con otras circunstancias históricas.

Por último el grupo de investigación de la Universidad Complutense, liderado por las Dra. Viguera Molins y la Dra. Abboud, de su Departamento de Estudios Árabes e Islámicos, centra su actividad en la localización de las fuentes árabes relativas a la expansión islámica, con especial atención a las procedente de Egipto y de España.

Además el proyecto cuenta con otra serie de equipos de investigación e investigadores radicados en instituciones académicas de fuera de la Comunidad de Madrid y del propio Estado español: Dr. Moschos Morfakidis y Dra. Motos Guirao, lideran el radicado en el Instituto de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de la Universidad de Granada, con especial atención a las fuentes griegas y bizantinas; Dr. Yves Modéran, de la Universidad de Caen - Baja Normandía, especializados en la Historia norteafricana del final de la dominación bizantina y conquista árabe; Dra. Tommasi Moreschini, de la Universidad de Pisa, especialista en Filología latina altomedieval; Dra. Mazzoli-Guintard, de la Universidad de Nantes, especialista en Historiografía árabe andalusí; y Dr. Sénac, de la Universidad de Tolosa II - Le Mirail, especialista en la conquista islámica de la Península Ibérica y sur de Francia.

Los diversos capítulos que forman el presente ***Del Nilo al Ebro* I** tienen como origen diversos estudios presentados por sus autores, y miembros entonces de los diferentes grupos de investigación integrados en el proyecto, a un primer seminario-conferencia, que se desarrolló en la Universidad de Alcalá los días 19 y 20 de diciembre del 2008. La discusión conjunta de sus

autores con otros participantes al seminario mostró la gran ventaja de un proyecto pluridisciplinar así concebido. Aunque su testimonio sólo pueda ser dado por aquellos que oyeron la primitiva formulación de las diversas ponencias y que ahora podrán leer su definitiva versión en el presente libro. Como fruto del primer seminario dedicado a los temas a estudiar por el proyecto los diversos capítulos analizan por una parte problemas históricos inmediatamente anteriores a la invasión islámica de Egipto (Dra. Motos), y del Exarcado bizantino de Cartago (Dr. Modéran, Dra. Tommasi, y Dra. Gil Egea). Mientras que por otro se trató de realizar un primer catálogo crítico de las fuentes de procedencia no islámica: coptas en lengua árabe (Dra. Abboud), grecolatinas de las juderías egipcias y norteafricanas (Dr. González Salinero), y las latinas y árabes de la mozarabía hispana (Dr. García Moreno). Además se incluyen capítulos preliminares para el análisis contrastivo de la historiografía árabe, de procedencia islámica pura o mixtificada, para el estudio de la conquista del Reino godo hispano (Dra. Viguera, Dr. Rei, y Dra. Mazzoli-Guintard).

Debo finalizar ya estas líneas introductorias, y dejar que sea el propio lector, especializado y crítico, el que se forme su propia opinión. Pero también he de advertir que su lectura será provechosa para cualquier lector no especializado e interesado en iniciar investigaciones o un conocimiento más profundo sobre uno de los acontecimientos de la historia mediterránea que sigue marcando las características culturales, lingüísticas y étnico-religiosas del amplio territorio que se extiende entre los cursos del Nilo y del Ebro. Y ello a pesar de que aquellos sucesos tuvieron lugar hace la friolera de mil trescientos años, e incluso algunos más.

Como coordinador general del proyecto me satisface decir que el mismo ha desarrollado ya su segundo seminario-conferencia, en la Universidad de Granada en octubre del 2009; y que, mientras se prepara ya el tercero a celebrar en la *Biblioteca Viva de Al-Andalus* en la ciudad cordobesa, se están ultimando la ordenación preliminar de un segundo volumen ***Del Nilo al Ebro*** **II**.

En Alcalá de Henares el día de San Silvestre del 2009
Luis A. García Moreno

I. EGIPTO

Del Nilo al Ebro. I Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica, pp. 11-51

GUERRA, SOCIEDAD, ECONOMÍA Y CULTURA EN LA ALEJANDRÍA Y EN EL EGIPTO DISPUTADOS POR BIZANTINOS, PERSAS Y ÁRABES. 602-642.

JOSÉ SOTO CHICA
C.e.b.n.ch.
josesotochica@gmail.com

ENCARNACIÓN MOTOS GUIRAO
Universidad de Granada. *C.e.b.n.ch*.
emotos@ugr.es

RESUMEN

Egipto era, a inicios del siglo VII, la clave que daba acceso al dominio sobre el mundo antiguo. Así lo entendieron los tres grandes imperios que se disputaron su posesión. Pero para dominar Egipto era preciso controlar Alejandría. Por eso, cuando en 642 los árabes completaron la conquista de Egipto con la de Alejandría, quebraron el dominio que la Romania ejercía sobre el Mediterráneo y el Oriente, y marcaron el punto de no retorno para el viejo imperio. Pero estos hechos plantean aún cuestiones que carecen de enfoques adecuados, porque se ha tratado de estudiar la conquista árabe de Egipto de forma separada a la precedente e inmediata conquista persa del país, y porque se ha abordado el estudio de este periodo de la historia egipcia sin tener en cuenta la totalidad de las noticias proporcionadas por las fuentes de la época. En este trabajo se tratará de dar una respuesta adecuada a estas cuestiones.

Palabras clave: Expansión islámica, Historia de Bizancio.

ABSTRACT

At the beginning of the VII century, Egypt was the key which gave access to the domain of the ancient world. This was so understood by the three main empires who disputed its possession. However to control Egypt it was essential to control Alexandria. Therefore, when in the year 642 the Arabs completed the conquest of Egypt with Alexandria, they broke down the domain exerted by the Roman Empire over the Mediterranean and the Middle East and set the irreversible point for the old empire. However these facts continue, still today, creating doubts with lack of an adequate approach. Firstly because it has been tried to study the Arab conquest of Egypt without taking into account the previous and immediate Persian conquest of the country and secondly because it has been tackled the research of this period of the Egyptian history without taking into account the whole of the information given by the sources of that age. The aim of this work is to give an appropriate answer to these questions.

Keywords: Islamic Expansion, Byzantine History

Alejandría, y a través de ella, Egipto, eran a inicios del siglo VII la clave que daba acceso al dominio sobre el mundo antiguo. Así al menos lo entendieron los tres grandes imperios que, en reñida lucha, se disputaron, a lo largo de más de cuarenta años, la posesión de Egipto. Pero para dominar Egipto era ante todo preciso controlar Alejandría. Por eso, cuando en 642 los árabes completaron la conquista de Egipto con la de Alejandría, quebraron el dominio que la Romania ejercía sobre el Mediterráneo y el Oriente, y marcaron el punto de no retorno para el viejo Imperio y para la era sobre la que éste había ejercido su dominio. Los árabes, entre los que se estaba gestando una nueva religión, dieron comienzo con la toma de Alejandría a una nueva era: el Medievo. Una nueva era que nació en Egipto y sobre las calles de Alejandría.

Pero pese a lo importantes que fueron los acontecimientos arriba esbozados, la Alejandría y el Egipto de la primera mitad del siglo VII siguen, aún hoy, planteándonos cuestiones que carecen de respuesta o de enfoques adecuados. Ello es así por dos razones: en primer lugar porque se ha tratado de estudiar la conquista árabe de Egipto de forma separada a la precedente e inmediata conquista persa del país. Error gravísimo, pues como se verá a lo largo de las páginas de este trabajo, es imposible entender la conquista árabe sin la persa. Y en segundo lugar, porque se ha abordado el estudio de este

periodo de la historia egipcia sin tener en cuenta la totalidad de las noticias proporcionadas por las fuentes de la época y no se ha llevado a cabo el necesario trabajo de confrontación, contextualización y crítica de dichas noticias.

En efecto, ya Butler, más preocupado de exculpar a los coptos de cualquier responsabilidad activa en la conquista árabe de Egipto y de presentarla desde el ángulo más favorable para los árabes que de llevar a cabo una verdadera crítica de los materiales disponibles en su época, cometió este error. Así, en su obra original, se echan de menos numerosas y trascendentales noticias que los autores siriacos y armenios ofrecían para el Egipto de los años de la conquista persa y para el convulso periodo de la conquista árabe. Más aún, Butler prácticamente no aprovechó a un autor egipcio, Severo de Hermópolis, y marginó a menudo a otro, Eutiquios. Su obra, por lo tanto, se construyó en base a los informes de los autores bizantinos y musulmanes, a los que sumó -aunque sin aprovechar por completo- las valiosas noticias proporcionadas por la, en su época, recién hallada obra de Juan de Nikiu.

Este error, que lastró grandemente la -por otra parte- monumental obra de Butler, sigue sorprendentemente lastrando a los autores modernos. Un destacado y reciente ejemplo de lo que acabamos de decir nos lo proporciona Hugh Kennedy en el capítulo que, en su obra sobre las grandes conquistas árabes, dedica a la invasión árabe de Egipto. En efecto, Kennedy, pese a escribir en 2007 y tener por lo tanto acceso a todos los materiales disponibles en nuestro tiempo, se limita a llevar a cabo su trabajo sobre Egipto centrándolo en las noticias de las fuentes islámicas que fueron redactadas -en el mejor de los casos- 240 años después de la conquista de Egipto, y que tan trufadas están de leyendas y noticias sin sentido. Para completar su panoplia de fuentes, Kennedy acude a Juan de Nikiu, al que ignora cuando es preciso para acomodarlo a las noticias que le proporcionan ibn al-Hakam, al-Baladuri y al-Tabari, y a las informaciones de Nicéforo y Teófanes. Y eso es todo.

Así que Kennedy ignora también a Severo de Hermópolis, pese a que hoy sabemos que su narración de la conquista árabe de Egipto se apoya en una obra de la segunda mitad del siglo VII redactada por alguien perteneciente al círculo del patriarca Benjamín; esto es, por alguien próximo a uno de los personajes claves de la conquista. Mientras que Agapios, Miguel el Sirio, la Crónica de Khuzistán, Sebeos, la Historia Nestoriana, Santiago de Edesa,

Dionisio de Tell Mare, la Crónica del 640, o la Crónica 1234, por citar sólo algunos destacados ejemplos, son dejados de lado por completo.

Así pues, no es de extrañar que el cuadro resultante obtenido por Hugh Kennedy sea el que tradicionalmente han venido ofreciendo tantos y tantos historiadores desde hace años: el de un Egipto decadente, empobrecido y despoblado, en el que las luchas entre ortodoxos y coptos desangraban al país y en el que los árabes, después de haber recibido durante tres años el tributo que un patriarca y gobernador, Ciro, les entregaba de motu propio y sin que al emperador le inquietase lo más mínimo tal proceder, se apresuraron a invadir el país para enfrentarse a unas tropas romanas sin calidad militar y que se defendían sin apoyo popular, sin esperanza de recibir ayuda y sin apenas orden, ni concierto, de unos valientes, frugales y piadosos árabes musulmanes[1]. No es un cuadro muy creíble. Así que, por nuestra parte, abordaremos el estudio de este decisivo periodo usando la totalidad de las fuentes disponibles y contemplando la historia del Egipto de la primera mitad del siglo VII como un conjunto y no como una serie de problemas independientes entre sí. Con ello -como se verá de inmediato- obtendremos un cuadro netamente diferente al que tradicionalmente se ha venido obteniendo.

El Egipto que contempló la caída y asesinato del emperador Mauricio, no era, en modo alguno, el mundo empobrecido y semidespoblado que Hugh Kennedy y quienes siguen su línea, nos presentan. Muy al contrario, Egipto seguía siendo un país rico, densamente poblado y dinámico. Gracias a la vida de Juan de Chipre o el Limosnero de Leoncio de Neápolis, que nos recoge en sus preciosas líneas un documento vívido y contemporáneo de los hechos que narra, sabemos que en 610 Alejandría seguía enviando sus flotas comerciales hasta lugares tan lejanos como Tintagel, en la punta de Cornualles (donde el trigo y los preciados productos elaborados en los talleres de Alejandría, se cambiaban por la plata y el estaño del país) en donde recientemente, la arqueología ha certificado dichos contactos

[1] A. J. Butler, *The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the roman dominion.* http://CopticChurch.net, Nueva York, 1998; H. Kennedy, *Las grandes conquistas árabes,* Barcelona, 2007; Severo de Hermópolis: B. Evetts, "Severus of Al'Ashmunein (Hermópolis), History of the Patriarchs of the Coptic church of Alexandria", *Patrologia Orientalis* 1, 1904, 383-518.

mostrando que a inicios del siglo VII el comercio con la España bizantina, África y Egipto, era una realidad[2].

Pero Tintagel, en la lejana Britania, no era el único destino de las flotas alejandrinas a inicios del siglo VII. Por esta misma fuente y por informaciones dadas por Cosmas Indico pleustes, Juan de Nikiu, Severo de Hermópolis, Juan Mosco, Sofronio de Jerusalén, Gregorio de Tours, la Crónica Pascual y Miguel el Sirio, sabemos de activas rutas comerciales que, desde el puerto de la Alejandría de la primera mitad del siglo VII, conducían a Cartago y al resto de la Prefectura Africana, a Apulia y Rávena, a Sicilia, al reino abisinio de Axum y a los reinos nubios, al sur de Arabia; a la costa malabar de la India y a Ceilán; a Constantinopla, Chipre y el Egeo, a Siria y Palestina, a Persia y a Marsella.

Por aportar aquí sólo puntuales pero significativos ejemplos de lo que acabamos de decir, hacia 611 una gran flota de 13 barcos del tipo que los egipcios de la época llamaban "gacelas" y que cargaban hasta 50.000 modios (unas 600 toneladas) era enviada por el Patriarca de Alejandría todos los años desde su ciudad a los puertos adriáticos de Italia. Esta flota comercial alejandrina enviada a Italia era tan importante y rica que la pérdida de su carga en una tempestad en el mar Adriático (carga constituida por artículos de lujo como ricos vestidos con brocados de oro y plata, o frutas secas como albaricoques, melocotones, limones, etc. que seguían siendo raras en Occidente) fue evaluada por el patriarcado en 34 centenarios de oro (244.800 sólidos) y provocó una reunión de urgencia del consejo, de buena parte de la población de la ciudad y de su patriarca. Un patriarca tan rico que su tesoro

[2] A. J. Festugière, *Leontios de Neapolis, Vie de Syméon le Fou et Vie de Jean de Chypre*, París, 1974, VIII, 453-454, cita el viaje de un navío alejandrino con trigo, aparejado por la iglesia de la ciudad, que navega hasta Britania para intercambiar su trigo por estaño y plata que luego vende en Cirenaica. Esto demuestra que los circuitos mercantiles entre el Mediterráneo y el Atlántico seguían activos a inicios del siglo VII, lo que también confirma la arqueología: en Tintagel, en Cornualles, desde 1996 se han hallado múltiples productos mediterráneos, como objetos de vidrio, fechados a fines del siglo VI. Véase también P. Brown, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Barcelona, 1997, 78, 105 y 138; A. J. Butler, *The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the roman dominion.* http://CopticChurch.net, Nueva York, 1998, 49.

contenía en 610 la espectacular suma de 80 centenarios de oro, 8.000 libras , es decir, 576.000 sólidos[3].

Sabemos también que en la Alejandría de la primera mitad del siglo VII la miel africana era un artículo muy apreciado, que los altos dignatarios eclesiásticos y civiles alejandrinos se vestían con sedas tejidas en talleres persas, que se alhajaban con gemas procedentes de Ceilán y la India, y que los techos de sus palacios e iglesias se construían con maderas nobles procedentes del África oriental y de la India.

Sobre esto último aportaremos aquí el testimonio de una obra contemporánea de los hechos: la Crónica patriarcal que sirvió de base a Severo de Hermópolis para redactar en su obra los acontecimientos de los años del patriarcado del carismático Benjamín. Según se recoge en esa obra, escrita originalmente poco después del 660, en 642 y tras la destrucción por los árabes de la magnífica iglesia de San Marcos, el Patriarca copto Benjamín se propuso reedificarla, usando para la construcción de techos y cubiertas madera de teca que, recuérdese, sólo puede encontrarse en la India, Ceilán o en cualquier otro punto del sudeste asiático[4].

Mas no sólo el comercio florecía en la Alejandría y el Egipto de este periodo, también la agricultura daba sus frutos. Hasta 618 el trigo egipcio siguió alimentando a Constantinopla y se exportaba a numerosos puertos del Mediterráneo oriental, en competencia con el trigo de Sicilia y de África. El vino, el aceite (de menor calidad que el africano), las frutas secas, las salazones de pescado, la miel y las legumbres eran también productos muy apreciados y de los que tenemos noticia sobre su envío a otras regiones del imperio.

También se mantuvo la producción de papiros que siguieron exportándose hasta lugares tan remotos como Persia y las Galias, hasta el momento mismo de la conquista árabe. De hecho, la agricultura egipcia, la base fundamental de la riqueza del país, continuaba en fase de expansión a inicios del siglo VII. Muestra irrefutable de ello es que se seguían construyendo nuevos canales destinados a crear nuevas tierras de cultivo. Tal sucedió, por ejemplo, en los primeros años del reinado de Heraclio, cuando se procedió a la construcción

[3] Leoncio de Neápolis, *Vida de Juan de Chipre*, XXVIII, 486. Para los barcos alejandrinos del tipo gacela hay numerosas referencias en: *Vida de Juan de Chipre*, VIII, 453-454; XI, 460. En referencia al montante del tesoro del patriarcado ortodoxo de Alejandría cuando Juan de Chipre fue nombrado Patriarca véase *íbidem*, 517.

[4] Severo de Hermópolis, II, 14, 500.

de un nuevo canal en la región del delta[5]. Un canal que, claro está, no se hubiese excavado de no ser necesario acrecentar la zona cultivable, cuestión esta última que casa muy mal con un país empobrecido y despoblado. Y es que de los informes que se pueden obtener de Juan de Nikiu, Juan Mosco, Sofronio y de la Vida del patriarca Juan de Chipre el Limosnero, no se halla por ningún lado signo evidente de depauperación económica o de despoblamiento.

La peste del 541-542 y sus rebrotes, a la que se suele atribuir un poder destructivo que excede toda lógica y que a menudo, y sin mayor reflexión, se encuentra en toda noticia que las fuentes den sobre cualquier epidemia sin detenerse a pensar si se trata o no de la misma enfermedad en todos los casos, tuvo que significar un duro golpe para la demografía del Egipto de este periodo, pero no tanto como pretenden ciertos estudiosos. Dichos investigadores no tienen en cuenta la predilección de las fuentes de la época por las descripciones literarias de grandes calamidades y castigos divinos, y ni siquiera se detienen a meditar sobre el hecho de que las vívidas descripciones de los estragos de la epidemia se ubican en las ciudades, olvidando que la peste bubónica y demás enfermedades infecciosas, tenían un efecto mucho menor en el ámbito agrícola y que siendo Egipto un país de población básicamente rural y dispersa en pequeñas aldeas, los estragos epidémicos no debieron de ser tan devastadores como se suele creer. Máxime cuando nuestras fuentes no señalan ningún brote epidémico grave en Egipto durante los años que van de 610 a 640.

Es cierto, por otra parte, que Alejandría no era ya tan grande como en el siglo II d.C. El barrio oriental, por ejemplo, se había abandonado en parte. Pero con todo, seguía siendo una gran urbe que pasaba holgadamente de 300.000 habitantes. Las fuentes del periodo ofrecen al respecto dos testimonios que han pasado desapercibidos para los historiadores. Nos referimos a la noticia dada por Severo de Hermópolis extraída de una obra contemporánea a los hechos, de que los persas censaron en la Alejandría del 619 a 80.000 hombres de entre 18 y 50 años. Si se sopesa este dato, se obtendrá gracias a él un censo general de la población de la Alejandría del 619 de entre 320.000 y 400.000 habitantes. Esta cifra parece encajar muy bien con la dada por Eutiquio, quien dice que Amr censó en 642 a 40.000

[5] R. H. Charles, *The chronicle of John, Bishop of Nikiu*, trad. from Zolember´s ethiopic text, Londres, 1916, CXVIII, 5, en donde se menciona un canal excavado en el reinado de Heraclio.

judíos en Alejandría[6]. Estos 40.000 judíos, sabemos que eran una minoría en la Alejandría de los siglos VI y VII, una minoría que no pasaba de ser más del 10 o como mucho del 15 % del total de la población. De nuevo, gracias a un dato proporcionado por otra fuente egipcia, llegamos al mismo lugar: una Alejandría que, sin bien no contaba con los 500.000 o 600.000 habitantes de sus tiempos más gloriosos, seguía siendo la segunda urbe del Mediterráneo y acogía entre sus formidables muros a más de 300.000 habitantes. De ellos, en 610, sólo se contaban 7.500 pobres de solemnidad, aquéllos que fueron censados por el piadoso Patriarca Juan de Chipre o el Limosnero para ser sostenidos a expensas del tesoro patriarcal y cuyo número, en relación con el de la población alejandrina de la época no llegaba al 3% del total. Esta cifra, comparada con el porcentaje de pobres de solemnidad que a día de hoy habitan en una urbe europea como Madrid (un 8,6% del total de la población en 2002) es significativamente bajo y da una nueva prueba de que el cuadro de una Alejandría o un Egipto empobrecidos o sometidos a una grave crisis social y económica no casa con la realidad de los hechos[7].

¿Con cuántos habitantes contaba el Egipto que contempló la invasión árabe? Las cifras barajadas por los historiadores oscilan entre los 3.000.000 de Hugh Kennedy y los 25.000.000. La disparidad de cifras es, por lo tanto, demasiado amplia como para ser de alguna utilidad y hace necesario que establezcamos en este punto tan esencial nuestra propia posición. Como siempre, las fuentes, si se las tiene a todas en cuenta y se reflexiona sobre sus informaciones, ofrecen algunos puntos de apoyo que nos permiten establecer con cierto rigor la realidad sobre esta cuestión.

Eutiquio de Alejandría, escribiendo en la primera mitad del siglo X, dice que Amr mandó hacer en 642 un censo de los coptos del país para someterlos a tributo y que de dicho censo se extrajo la cifra de 6.000.000 de varones adultos, sanos y dotados de alguna fuente de riqueza o ingresos por pequeños que éstos fuesen. Si se proyecta esta cifra de Eutiquio, corroborada por Ibn Hauqal, se obtendrá una población total que excedería con facilidad los 20.000.000 de habitantes. Es pues una cifra que está muy lejos de los 3.000.000 de habitantes de Hugh Kennedy.

---

[6] Severo de Hermópolis II,14, 485-486; B. Pirone, *Gli Annali, Eutichio patriarca di Alessandria*, El Cairo, 1987, 15, 344.

[7] Leoncio de Neápolis, *Vida de Juan de Chipre*, I, 1-20, 445; para la comparación con Madrid véase ABC digital 9-12-2002, Madrid.

No obstante, otras fuentes islámicas proporcionan cifras que superan ampliamente la ofrecida por Eutiquios e Ibn Hauqal. Tal es el caso de Makrizi, quien llega a decir que el número de egipcios sometido a tributo por Amr era de 8.000.000, lo que nos daría una cifra total de población que pasaría con holgura los 25.000.000 de habitantes[8].

Sin embargo, en nuestra opinión, las cifras aportadas por Eutiquio, Makrizi, Ibn Hauqal, Yaqub, etc., son demasiado altas y entran en contradicción con la naturaleza del país en el siglo VII, con las informaciones ofrecidas por las fuentes egipcias, grecolatinas y bizantinas para el Egipto antiguo, y con las noticias proporcionadas por las fuentes más cercanas a los hechos o más seguras en la narración de los mismos.

Así, la mayoría de los egiptólogos, estudiando los censos de rendimiento agrícola y las listas de tributos de los nomos del antiguo Egipto, aceptan que la población egipcia del Imperio Antiguo osciló entre uno y dos millones de habitantes, mientras que en tiempos de Tuthmosis III y Amenofis III, en el apogeo del Imperio Nuevo, seria de seis a siete millones[9]. Diodoro Sículo refiere, por su parte, que Egipto alcanzó en la Antigüedad los siete millones de habitantes y todo parece indicar que siguió creciendo hasta el siglo II d.C., cuando debió rondar los ocho millones de habitantes[10]. Así pues, las cifras ofrecidas por Eutiquio, Makrizi, Ibn Hauqal o Yaqub, parecen demasiado altas.

Pero prosigamos y hagámoslo dirigiendo nuestra atención hacia Juan de Nikiu, la fuente más cercana a los años de la conquista árabe de Egipto y confrontemos sus informaciones con las ofrecidas por al-Hakam y al-Baladuri, las fuentes islámicas más antiguas y seguras.

De todos es sabido que la conquista árabe de Egipto y África del norte supuso, ya desde su primera fase y aún antes de que terminara por completo, la instauración de una serie de tributos y cargas fiscales sobre la población sometida o amenazada por su poder. Sabido es también que dichas cargas se

---

[8] Eutiquios II, 18, 342-343, J. H. Kramers, G. Wiet, *Ibn Hauqal, Configuration de la terre (Kitab surat Al-Ard)*, tomo I, París, 1964, II, 131-162; H. Kennedy, *Las grandes conquistas árabes*, 163; A.J. Butler, *The Arab conquest of Egypt*, 451 y ss.

[9] J. Pirenne, *Historia del antiguo Egipto*. Barcelona, 2002, vol. II. pp. 446-447.

[10] Diodoro Sículo afirma que en la Antigüedad, según viejas inscripciones existentes en su tiempo, había en Egipto 18.000 ciudades y pueblos importantes, y que en tiempos de Ptolomeo, hijo de Lago, llegaban a 30.000, pasando de los siete millones de habitantes en tiempos antiguos y de tres en su tiempo. F. Parreu Alasa, *Diodoro de Sicilia*, Madrid, 2001, Diodoro Sículo I, 31, 6-8, 207.

aplicaron en un principio sobre la base de una distribución universal y general de las mismas mediante el sencillo expediente de asignar a cada cabeza de familia o varón adulto y sano con recursos mínimos propios, una cantidad fija que no tenía en cuenta las diferencias de riqueza que existían entre los que se veían obligados a tributar a los jefes militares árabes que los habían sometido o amedrentado. Es éste el origen de la *Jizya*, que tiene su base en el sistema fiscal sasánida y que en un principio debió de ser la única carga fiscal que los árabes pudieron imponer, por mucho que sus historiadores de fines del siglo IX y en adelante, hagan mención también del tributo de la tierra y de otros impuestos. Y es que es imposible que, por ejemplo, en Egipto se instaurara el tradicional sistema islámico de impuestos antes del 650, pues con toda seguridad ni los árabes contaban con los medios para ello, ni con la idea de hacerlo. No, la instauración del modelo tradicional de tributación islámico no parece ser anterior a Moawiya y en un principio los árabes se limitaron a usar las estructuras romanas y persas adaptándolas a sus intereses, y éstos, en la confusión de los años de la conquista, fueron cambiantes, perentorios y primitivos. De ahí que les bastara con usar los censos de contribuyentes para exigir una cantidad fija e indiscriminada a cada uno. Eran tributaciones fáciles y rápidas de percibir, que se veían complementadas con requisas de forraje y alimentos, y con eventuales demandas de productos agrícolas. Más aún, gracias a los documentos papirológicos contemporáneos de los hechos y también a las fuentes de la época, tales como Juan de Nikiu (que era un muchacho cuando aconteció la conquista árabe de Egipto), sabemos que buena parte de la administración bizantina, con sus registros, procedimientos y personal, pasaron directamente del dominio y servicio imperiales al servicio de los conquistadores árabes del país. Es más, la permanencia en la administración es tan completa que la lengua, el griego, y los procedimientos, fórmulas y denominaciones, permanecieron inmutables hasta fines del siglo VII. Una permanencia tan firme que todavía en 698 las cartas enviadas al emir árabe de la Tebaida por los funcionarios de la administración egipcia designaban a éste como *Dux* de la Tebaida. Habrá pues que esperar a la segunda década del siglo VIII para apreciar cambios significativos, una época en la que las viejas formas heredadas de la administración bizantina comenzarían a convivir con los nuevos documentos y maneras de los árabes, coexistiendo con éstas hasta bien entrado el siglo VIII. Es un periodo en el que la administración islámica del Egipto abandona lentamente el griego y las viejas fórmulas y procedimientos ligados a la antigua administración romana del territorio,

aunque el proceso fue tan lento que no finalizó hasta, al menos, el 779, fecha del último documento administrativo egipcio escrito en griego del que tenemos noticia. De ahí que las informaciones dadas por los historiadores musulmanes de los siglos IX y X referentes a la tributación de los territorios recién conquistados no puedan ser tomadas en consideración sin más, sino que necesiten de una adecuada crítica y contextualización. Los historiadores islámicos obviamente trataban de adaptar los datos que recibían de la tradición islámica y de los testimonios dejados por coptos y demás pueblos sometidos a la realidad imperante en su mundo a fines del siglo IX.[11]

Teniendo en cuenta lo anterior ¿sobre qué base pudieron los generales árabes de la primera fase de la conquista asentar el cobro de los tributos y cargas fiscales impuestas a una población que ni dominaban ni conocían por completo? Evidentemente -como ya hemos apuntado- sólo sobre los censos que les proporcionaran las numerosas autoridades que, desde el primer momento de la conquista y años antes de que ésta terminara, se pusieron a su

[11] Una interesante exposición de los datos facilitados por las fuentes, así como de las discusiones eruditas sobre el origen e implantación de las fórmulas de tributación islámica en Egipto en: A. J. Butler, *The Arab conquest,* 449-464. La continuidad que se observa en los papiros del 642-742 en el plano administrativo es asombrosa. Aunque el árabe hace pronto su aparición, en los papiros de la época el primer documento escrito en parte en árabe y en parte en griego está fechado el 25 de abril de 643 y es una demanda de víveres a una autoridad egipcia por un jefe guerrero árabe: A. J. Butler, *The Arab conquest,* 235. En general, durante la primera generación tras la conquista, nada cambia en los escritos y protocolos de la administración egipcia: el griego sigue siendo, de forma casi absoluta, la lengua de la administración, y los procedimientos y la nomenclatura permanecen sin cambios reseñables. Tanto es así que aún se usaba el título de *Dux* de la Tebaida para designar (en dos cartas fechadas hacia 698-712) al gobernador árabe de la región: junto a su nombre y firma árabe aparece, quizás para comodidad de los funcionarios indígenas, el viejo título romano. De hecho, el primer protocolo administrativo donde aparece el árabe junto al griego, es del año 674: A. J. Butler, *The Arab conquest,* LXXVIII. Luego, desde los primeros años del siglo VIII, los documentos y protocolos administrativos bilingües se hacen más frecuentes, hasta que el árabe se va imponiendo y el griego se hace más raro; mas no desaparece, pues el último documento administrativo egipcio del periodo islámico escrito en griego, referido en este caso a la fuga de trabajadores de un distrito, está fechado en 779: A. J. Butler, *The Arab conquest,* LXXX. Para una lista pormenorizada de los papiros administrativos desde el s. VI a fines del VIII, su evolución, fecha y contenido, véase A. J. Butler, *The Arab conquest,* LXXVI-LXXXII.

servicio. Las menciones hechas por Juan de Nikiu, contemporáneo de los hechos, son innumerables y concluyentes: el prefecto Jorge, quien construyó un puente sobre el Nilo por mandato de Amr y en plena lucha de éste por dominar el país; Menas, un alto funcionario nombrado por Heraclio y que, primero como prefecto de Arcadia y luego como gobernador de Alejandría, sirvió a Amr en los primeros días de la conquista; Sinodas, nombrado por Amr prefecto de la región de Rif; Filoxeno, un alto funcionario de la administración fiscal bizantina que, ahora por encargo de Amr, gestionaba la entrega forzosa de forraje y provisiones a las tropas árabes; un duque de Heraclio en Egipto, Sanutius, quien no sólo se pasó a los árabes tras la primera toma de Alejandría por éstos, sino que además facilitó a Amr y a sus huestes barcos y soldados para sus posteriores operaciones contra la Cirenaica, o finalmente la que nos cuenta cómo Juan de Damieta, un prefecto nombrado en los años finales de Heraclio, se convirtió en la mano derecha de Amr y fue nombrado por éste sustituto de Menas en la gobernación de Alejandría, donde su primera ocupación fue la de poner en orden los tributos debidos a Amr y a sus guerreros[12].

No puede pues dudarse que los árabes de los inicios de la conquista contaron con fácil acceso a los recursos de la administración bizantina y a la buena disposición y colaboración de sus jefes y personal. Sobre esta base y pese a los vaivenes de la guerra egipcia de 639-642, Amr pudo bombear hacia sus tropas en campaña no sólo forraje, armas, alimentos y reclutas, sino también oro que, gracias a los censos romanos, era fácil de cobrar mediante la *Jizya*, pero no mediante un impuesto ordenado en base a la riqueza y propiedades de los egipcios, pues esa riqueza, en la confusión de la guerra, no podía ser ni evaluada ni constatada. Por lo tanto, las cifras de tributos en oro recaudados por Amr y sus jefes durante los años de la conquista, no

[12] Acerca del paso de funcionarios, soldados y jefes bizantinos al nuevo poder árabe en Egipto ya desde el primer momento de la conquista y sin que ésta hubiera finalizado por completo, véase Juan de Nikiu CXX, 29-32; CXIII, 1-8. Sabemos por Nikiu que el Duque Sanutius se pasó a Amr en Alejandría, y por Severo de Hermópolis (II, 14, 494-500) que le proporcionó no sólo consejo -como dice Nikiu- sino también tropas y barcos. Véase Juan de Nikiu CXXI,1-8, y nótese que todo el relato está inscrito en un proceso de reajuste de tributos desde el dominio romano al árabe; y Juan de Nikiu CXIII,1-8, donde se dice que muchos egipcios se pasaban en esos días a los ismaelitas y cómo Amr apresaba a los funcionarios y gobernadores locales para obligarles a tramitar el cobro de tributos, y la entrega de forrajes y alimentos por parte de los campesinos coptos a los árabes.

pueden conjugarse con un impuesto basado en la propiedad o en la riqueza, sino que sólo pueden referirse al cobro de una capitación personal, la *Jizya*, y ésta, al igual que la capitación sasánida establecida por Cosroes I que sirvió de modelo a los árabes, se establecía a razón de dos sólidos por cada hombre adulto con recursos propios o con empleo, quedando excluidos de su pago las mujeres, ancianos, niños, mendigos, enfermos y tullidos.

¿Qué tenemos aquí? Un dato que nos permite conocer la población egipcia hacia 642. Pues cuando las fuentes primarias islámicas para la conquista de Egipto -tales como al-Baladuri y al-Hakam- dicen que Amr cobró, en los días inmediatamente posteriores a la primera caída de Alejandría, un tributo de dos sólidos por cada hombre adulto con recursos y que el montante de dicha exacción ascendió a 4.000.000 de sólidos[13], nos están informando, si se reflexiona un poco, que en ese tiempo había en Egipto unos dos millones de hombres adultos y que por lo tanto Egipto debía de contar con una población de entre siete y ocho millones de habitantes, pues a los dos millones de hombres en edad adulta y con una mínima riqueza o ganancia, había que sumar niños, mujeres, ancianos, lisiados, mendigos, así como un porcentaje no pequeño de población que escaparía al cobro de esos tributos, pues Juan de Nikiu señala que no eran pocos los campesinos y ciudadanos que se refugiaban en lugares recónditos para escapar a los impuestos exigidos por los sarracenos[14].

---

[13] Las fuentes islámicas hablan de dinares de oro, moneda con un peso en el s. IX de 4.25 grs., mientras que el sólido pesaba 4.48, pero indudablemente se refieren a sólidos. Esto queda más claro en un relato de al-Hakam donde en una de las narraciones de la primera exacción lograda por los agarenos de los habitantes del África romana en el 647, uno de los informantes del historiador aclara que los dinares de oro cobrados por los árabes de la época de la conquista eran más pesados que los de su tiempo: V. Beltrán, al-Hakam. *Conquista del norte de África y España*, Textos medievales 17, Valencia, 1966, 22.

[14] Al-Baladuri y al-Hakam son las dos fuentes islámicas más seguras y cercanas a los hechos, ya que ambos escribieron en el s. IX; el resto de los autores islámicos lo hicieron mucho después y son menos seguros. Para los relatos de las exacciones fiscales de Amr entre 640 y 646: C. Torrey, *The History of the Conquest of Egypt, North Africa and Spain*, 2002, y con más detalle F. C. Murgotten, *The origins of the islamic state, Al-Baladhuri (Kitab Futuh Al-Buldan)*, vol. I, Nueva York, 1969, 335-351. Este último narra que el hijo de un antiguo combatiente árabe que asistió a la capitulación del gobernador de Menfis -la Mir islámica- contaba que su padre le dijo que, tras luchar con los musulmanes, el gobernador bizantino llegó a un acuerdo con los árabes sobre la base de dos sólidos por cada hombre adulto con ingresos, más, en

Nuestra teoría viene confirmada por el propio relato de la conquista proporcionado por Juan de Nikiu, pues si se pone en consonancia con los relatos de al-Baladuri y al-Hakam -lo que nunca se ha hecho- se observa un incremento progresivo de los ingresos logrados por los árabes durante la guerra; lo que se explica por la mayor cantidad de territorio y por ende, de población sometida al control de Amr y sus hombres. Por ejemplo, de la lectura conjunta de al-Baladuri y al-Hakam se extrae que Amr pasaría a cobrar 1.000.000 de sólidos en la primera fase de la guerra, luego, en 641 lograría 2.000.000 y en 642-643 4.000.000, progresión geométrica que quedaría también constatada por las noticias proporcionadas por Juan de Nikiu, quien señala que Amr, respectivamente en 641 y en 642, dobló y triplicó las cantidades logradas de los egipcios al inicio de la conquista[15].

Más aún, Eutiquio, patriarca de Alejandría en la primera mitad del siglo X, confirma en lo esencial y en la misma línea que los autores islámicos y Juan de Nikiu, que: a) los árabes exigieron en un principio sólo un impuesto fijo por cada hombre adulto, b) que quedaron excluidos de él mujeres, niños y ancianos, c) que dicho tributo se estableció en base a un censo de los

---

el caso de los campesinos, la entrega por cabeza de familia o propietario de tres *irdabbs* de trigo, dos *kists* de aceite, dos *kists* de miel y dos *kists* de vinagre. Además, los habitantes de Menfis, tras ser censados por los musulmanes, tuvieron que entregar por cada soldado musulmán una vestidura completa. Las alusiones al censo son significativas, pues en medio de la guerra y sin personal administrativo propio, los árabes sólo podían gestionar el cobro de tributos a partir de los censos y funcionarios romanos de Menfis. Observamos en el relato de al-Baladuri una progresión en los recursos obtenidos que sería el fruto de la mayor extensión del control musulmán del país, lo que es evidente pese al cruce de relatos que al-Baladuri da, sobre todo si se contrasta con el más ordenado de Juan de Nikiu de la conquista y con los de al-Hakam. Éste dice que Amr cobró 1.000.000 de sólidos de Egipto, pero si se contextualiza el relato nos damos cuenta de que estamos en el año 640, mientras que al-Baladuri (vol I, 340) dice que Amr cobró primero 2.000.000 (situándose este dato en 641) y luego, tras la primera capitulación de Alejandría en 642, 4.000.000 de sólidos. Esto se confirma en el relato paralelo ofrecido por al-Baladuri (vol I, 343): "Amr cobró primero de los egipcios 2.000.000 de dinares de oro, pero luego logró de ellos 4.000.000". Esta progresión en los ingresos es el resultado de un mayor número de contribuyentes sometidos. Por último, sobre la huída de campesinos egipcios ante los intentos de exacción de los árabes y su ocultamiento en las ciudades, pantanos y montañas, véase Juan de Nikiu CXIII, 6 y CXXI, 2-4.

[15] Al-Baladuri, vol. I , 343-344; Juan de Nikiu, CXIII, 4 y CXX, 28.